

Crónica Universitaria

GUILLERMO JARAMILLO BARRIENTOS

En marzo del presente año ha cumplido el doctor Guillermo Jaramillo Barrientos veinte años de estar al frente del decanato de la Facultad de Derecho de la Universidad Pontificia Bolivariana. Esta suma de años significa para el claustro una larga teoría de favores, de desvelos, de servicios que el doctor Jaramillo Barrientos ha dado a la Universidad sin regateos, con el más admirable desinterés, con la fe más ferviente, con un celo y talento que no pueden las juventudes bolivarianas olvidar.

Hombre de estudio, maduro en sus convicciones, ejemplar por sus atributos civiles y éticos, honesto en sus funciones, digno en sus maneras, cordial y sencillo, con un prestigio ciudadano ganado por sus propios méritos, sabe con igual elegancia dar un consejo o exigir el cumplimiento del deber. Su cátedra ha sido siempre un derrotero de ética profesional, de seriedad jurídica, de ponderación humana. Quienes fuimos —afortunadamente— sus discípulos, nunca podremos olvidar la altura de sus exposiciones, la galanura de su estilo, la densidad de su enseñanza y esa delicada e inteligente manera de situar al próximo profesional frente a la vida y frente a sus deberes, de contagiarlo de esa devoción suya inalterable por el derecho.

Mas lo que todos apreciamos, por visto, de la obra de Jaramillo Barrientos al frente de la Facultad de Derecho, es poco si lo comparamos con su labor de consejero en mil dificultades del claustro, con su tino y visión en actividades de índole económica para beneficio de la Universidad, con su talento y consagración para situar los estudios y prospectos de la Bolivariana en una escala ascendente de progreso. Sin alardes, discretamente, con noble empeño y desinterés nunca menguado, él ha vivido estos veinte años en permanente función universitaria, no escatimando ni tiempo ni estudio para que la Universidad siga sin pausas su camino, y lo siga limpia y cristianamente, como lo quisieron los fundadores.

Al cumplirse estos veinte años de su ejercicio en el decanato de la Facultad de Derecho, nosotros queremos rendirle aquí el cordial testimonio, que es reflejo de lo que de él piensan las directivas y el profesorado y el estudiantado, de nuestra devoción, de nuestra admiración y de nuestro reconocimiento por su grande obra.

LA IGLESIA Y LA UNIVERSIDAD

Por el Excmo. Señor Tulio Botero Salazar

(Conferencia leída en el ciclo que organizó la U. P. B. con ocasión de la Cuaresma).

Amablemente invitado por el Rector Magnífico de la Pontificia Universidad Bolivariana, acepté gustoso, pese a mis ocupaciones, el iniciar esta serie de conferencias, ya que a un Prelado de la Iglesia le interesan vivamente los problemas educativos, máxime si son universitarios.

Mi tema es muy sencillo: La Iglesia y la Universidad.

Apenas salida de las catacumbas, casi en los albores de las invasiones bárbaras, la Iglesia organizó sin ruido, a la sombra del campanario parroquial o de los primitivos monasterios, la enseñanza primaria universal y gratuita; y en tanto que la antigüedad pagana cerraba al vulgo las escuelas de los filósofos y no dictaba sino a los ricos las lecciones de gramática y retórica, la Iglesia católica, son palabras de Ozanam, "se gloriaba de dar la enseñanza a todos, amando más a los hombres que a la ciencia y abriendo de par en par las puertas de sus escuelas para hacer entrar en ellas, como en el festín evangélico, a los ciegos, a los cojos, a los pobres, a los mendigos".

En el año 789 Teodulfo, Obispo de Orléans, decretaba en su diócesis la creación de escuelas populares.

Se gloria el sistema pedagógico de nuestros días, y no sin razón, de preparar competentes inspectores escolares, pero corresponde a la historia el recordar que hace más de 1.000 años, Hicmaro, Arzobispo de Reims, empleaba un sistema más sencillo y económico: designaba como inspectores escolares a los párrocos de sus diócesis.

Gloria de un Concilio romano celebrado en Letrán, en 1078, fue el haber implantado la enseñanza secundaria obligatoria y los primeros elementos de la enseñanza superior, agrupando en torno a cada iglesia catedral a maestros encargados de comunicar a la juventud estudiosa las siete artes liberales.

Me haría interminable si pretendiera hacerlos oír el lenguaje encendido con que los Romanos Pontífices, en plena Edad Media, hablaron de la ciencia, del estudio y de las nobles disciplinas del espíritu. Además, no debo salirme del tema asignado: la Universidad.

La apellidada Universidad nació en el regazo de la Iglesia y varones vestidos de hábito talar, fueron, en fechas lejanas, casi los únicos cultivadores de la ciencia.

La célebre Universidad de París, más comúnmente denominada "la Sorbona", por el nombre de Roberto de Sorbón, capellán del rey San Luis, debe su origen a las Bulas de Inocencio III, expedidas a ruego de Felipe Augusto y comprendía cuatro facultades: Teología, Artes (letras y ciencias), Derecho y Medicina. Fue el punto de cita de la juventud europea; era tal la afluencia de alumnos, que hizo necesaria la clasificación por nacionalidades: Francia, Alemania, Inglaterra, Italia. Los santos fueron su gloria y basta recordar dos nombres inmortales, Alberto Magno y Tomás de Aquino.

Urbano IV erige en 1388 la Universidad de Colonia y confirma el establecimiento de las de Heidelberg y Viena.

Pío II, el docto humanista del Renacimiento, instituye la de Basilea en 1459 y a prelados ilustres por su desinterés y amor a la ciencia, deben su iniciación y desarrollo las de Erfurt, Leipzig y Frankfurt.

Martín V, en 1426, aprueba la de Lieja; Cracovia y Praga ven levantarse las suyas en el siglo anterior, merced al apoyo y directivas del pontificado romano. Los nombres acuden sin dificultad a la memoria: Bolonia, apellidada "madre de todas las universidades europeas", Ferrara, Pavia, Milán, Pisa y Padua, bastarían para exaltar la titánica labor de esos centros de estudios universitarios, a los cuales atendía la Iglesia con esplendor y desinterés.

España, debió el bien ganado renombre de sus Universidades a prelados y monjes. Salamanca, Toledo, Valladolid, Sevilla, Alcalá, son nombres evocadores de prestigios seculares, fanales que encendidos en la Península, bañaron con su claridad las comarcas descubiertas por el genio de Colón.

La Iglesia católica, conviene recordarlo, creó también la vida universitaria en la América Latina, y como los centros universitarios engendraron a los próceres, y éstos plasmaron con su sangre la independencia, síguese como apodíctico corolario que nuestra soberanía nacional, desde el mundo azteca hasta la Patagonia, fue obra de la Iglesia.

En 1555 surgían clarísimas por la doctrina y nobles por sus ideales, las Universidades de Méjico y Lima. Sobre la vieja laguna mitológica y cerca del Rimac imperial, frailes virtuosos y sapientes sembraban toda la cultura humanística y las investigaciones científicas de la época.

Por lo que a Colombia se refiere, justo es recordar que a los esfuerzos, sacrificios y generosidad de Fray Cristóbal de Torres, Arzobispo de Santa Fé de Bogotá y al celo infatigable de los hijos de Loyola debemos los preclaros claustros del Rosario y San Bartolomé, veneros inagotables de próceres, de sabios y de juristas.

Las célebres Universidades Tomista y Javeriana en Santa Fé, recibieron de Gregorio XV, en 1621, la facultad de conferir grados académicos, en un todo semejantes a los otorgados por las venerables universidades europeas. De suerte que manos ungidas mecieron la cuna de la cultura patria y la luz del Evangelio descendió sobre la cátedra, para darle sello espiritual y cristiano a la enseñanza, y para imprimir un carácter jurídico y moral al pensamiento colombiano.

Desgraciadamente hoy, en contraste con la ortodoxia de aquellos centros docentes, fundados y sostenidos por la Iglesia, han surgido ciertos planteles universitarios en cuyos claustros se van levantando vientos contaminados que conllevan la sistemática negación de lo sobrenatural, de lo espiritual y de la más sana ética cristiana.

Cuando en aquellas épocas que acabamos de recordar, el temor de Dios, que es el principio de la sabiduría, remataba todo el edificio de la cultura universitaria, no prosperaron los inciertos principios que mantienen en desequilibrio perpetuo la mente y el corazón de nuestros jóvenes universitarios, ávidos de contemplar otra vez la estrella del oriente y de enrumbar sus vidas por los cauces seguros e inmutables que trazó hace veinte siglos, el único Maestro que tiene palabras de vida eterna.

La lucha por la conquista espiritual y moral de la enseñanza universitaria ha sido, es y será, la preocupación constante de la Iglesia.

El laicismo trata de convertir la Universidad de la América Latina en secta y el marxismo, que astuta y solapadamente se va infiltrando en sus claus-

tros, pretende ahogar el pensamiento cristiano por la violencia y el sofisma, ya que se siente incapaz de vencerlo por la persuasión y la lógica.

Las ciencias modernas van conduciendo al hombre moderno a una técnica asombrosa, pero como se va prescindiendo de Dios y se va rechazando la moral evangélica, esos maravillosos inventos no van sirviendo sino para destruir y aniquilar.

El hombre moderno todo lo sabe, todo lo ha mecanizado, todo lo ha descubierto, lo domina todo, hasta los mundos siderales, menos el mundo de su propio corazón y de su conciencia.

El hombre moderno, ciego de orgullo, ha intentado romper en pedazos aquellas dos tablas de piedra en las que el dedo omnipotente de Dios grabó los diez mandamientos y los promulgó en el Sinaí, hace miles de años. Pero las consecuencias nos están diciendo que aquellos fragmentos de piedra no solamente ensangrentarán las manos que las despedacen, sino que aniquilarán los cimientos mismos de una civilización que tambalea. Cuanto más apagada va quedando la influencia del Decálogo en la vida moderna, más necesarias se hacen las leyes punitivas y la acción policiva.

Sin embargo, bastarían esos diez mandamientos, bien cumplidos y observados, para equilibrar al mundo.

Pero, no son pocos los que suelen expresar a cada paso este pensamiento: el Decálogo puede ser todavía un tema importante para la humanidad? No es ya un tema rancio y anticuado? Y si no lo pregonan francamente con los labios, lo dicen muy elocuentemente con los hechos.

Sociólogos, filósofos, escritores, andan hoy preocupados indagando quién ha cavado la fosa a cuyo borde parece tambalearse la civilización actual. Queréis conocer los responsables? Los que despojaron al alma humana de su fe en Dios, los que rompieron en las conciencias las tablas del Decálogo.

Blasonamos de que Colombia ha sido tierra estéril para la dictadura pero campo abonado para la libertad; atribúyese eso a que nuestro pueblo es profunda y radicalmente espiritualista. Que nos dure eternamente esa ventura, por que cuando deja de existir la conciencia de la justicia superior, prima la fuerza; destronado Dios de los altares, se levanta sobre las aras rotas esa deidad monstruosa y sin entrañas que se llama: estado totalitario.

Felizmente en Colombia tenemos institutos educadores, como la Pontificia Universidad Bolivariana, nacida de la mente y del corazón de un Prelado egregio, fallecido hace hoy exactamente 18 años; en los años que lleva de existencia puede presentar, árbol todavía joven pero cargado ya de frutos, una nómina crecida de profesionales ilustres, que en todas las actividades sociales están mostrando lo que pueden la energía y la virtud; lo que vale y lo que pesa la montaña, semejante a aquella del Hebrón, en donde la Madre de Dios dijo su palabra profética, aplicable a vosotros, fundadores, superiores y alumnos de la Pontificia Universidad Bolivariana:

El que es poderoso y cuyo nombre es santo ha hecho y hará por vuestro claustro grandes cosas; su misericordia y protección se dilatarán de generación en generación y seréis bendecidos por todos los creyentes y por los buenos hijos de Colombia.

EL CRISTIANISMO COMO BASE DE CONVIVENCIA HUMANA

Por Iván Correa Arango

(Conferencia leída en el ciclo organizado por la U. P. B. con ocasión de la Cuaresma).

Si partimos de la afirmación de que la conciencia es cosa de decisiva importancia para toda conducta moral, y de que toda acción y toda inhibición morales deben responder a una disposición y actitud internas, aparecerá simplemente lógico de que una contradicción entre la convicción interna y la conducta externa es repugnante hipocresía, porque el cumplimiento de los mandamientos no podría consistir solamente en una actuación externa. Así, cuando se dijo “no matarás”, no se estaba significando exclusivamente que lo malo fuera el acto, sino todo aquello que pudiera conducir a él, como la actitud interior de cólera contra el semejante, porque éste es el paso que antecede a aquél, y por tanto ambos se hacen repudiables, pues la palabra y la obra que brotan de esa actitud interior de ira, significan un grado más en la actitud hostil, es un desarrollo de la actitud interior hasta el acto externo.

Nada mejor que estos principios —que son principios cristianos— para poder conseguir una verdadera convivencia humana, que hubiera logrado evitar contiendas en que el mundo se ha visto comprometido, por cuanto que lo que la humanidad ha querido salvar en ellas es el mismo depósito que guarda el Vaticano, la esencia de la filosofía cristiana, el predominio de la cruz de Cristo sobre las siniestras insignias que han pretendido, vanamente, sustituirla en el corazón de los pueblos. Y ante esas conmociones, la silla de Pedro ha permanecido serena, asentada como está sobre la eternidad de los principios que la fundamentan, y por eso muchas veces volvemos los ojos a la suprema autoridad espiritual, para encontrar en ella una guía moral y una generosa orientación. Allí encontramos siempre nuestra obligación fundamental, que es practicar el bien en todas sus formas y con la mayor perfección que sea posible ya que en el seguimiento de Cristo desentrañará siempre el hombre todos los deberes morales del cristiano, y la síntesis completa de lo que tiene que ser, y por qué tiene que ser así y no de otra manera, la vida del cristiano en todas sus manifestaciones tanto privadas como sociales. Cuando el Apóstol dijo “si os dejáis guiar por el Espíritu, ya no estáis bajo la ley”, quiso decir que el cristiano lleno del Espíritu ve en la ley no un duro yugo ni una coacción externa, sino que mas bien ha hecho de ella algo íntimamente propio, y la ha convertido en guía de su vida por propia convicción y voluntad.

Vemos, entonces, por qué imitar a Cristo es una conducta que trae beneficio interior, que proporciona tranquilidad y que pone en juego o función un sentimiento connatural al hombre como es la inclinación a querer. En la vida de Jesús brilló el amor y lo propuso siempre a sus discípulos como norma para transmitir en busca de que con su ejercicio el hombre encontrara su propio bien, su completo bienestar y que a la vez significara una desinteresada y generosa entrega a acudir y remediar toda necesidad. El mensaje que envía al Bautista, encarcelado, alude su amor: El dice ser en verdad el servidor de Dios. Le dan lástima las gentes cuando aparecen como ovejas abandonadas, porque no tienen pastor. Lloro con la viuda la pérdida del hijo único, al que resucita y devuelve a su madre. Pero también se alegra con los alegres y permite que lo insulten de

comilón y bebedor antes que dejar de acudir a los banquetes a los que es invitado.

El amor cristiano del prójimo, que es un sentimiento de afecto hacia él, nace del amor sobrenatural de Dios, y es en el fondo una disposición a servirlo, porque es la conciencia de la responsabilidad que asume el cristiano con su incorporación a la sociedad; por eso, aparte de ser desinteresado y desprendido, es universal, pues a nadie excluye, y pasa por encima de las diferencias externas de todo orden, porque ellas no pueden hacer olvidar o destruir el hecho fundamental de la común procedencia y de la común semejanza. Y ni siquiera el hecho de ser alguien enemigo de Dios puede excluirle de ese amor, puesto que Cristo no rechazó el reproche que le hacían de ser amigo de publicanos y pecadores; y el buen samaritano se comporta como prójimo, es decir, como quien comprendió el sentido del precepto.

Además, la convivencia humana verdadera, que ha de basarse en el cristianismo, tiene que traducirse en obras y estar cada uno dispuesto a sacrificarse dando lo que puede de lo que posee. Desde antiguo se han catalogado las diversas posibilidades de hacer caridad al prójimo clasificándolas en las obras de misericordia, corporales y espirituales, cuyo ejercicio logra no solo que el prójimo satisfaga sus necesidades y reciba el beneficio que le corresponde como miembro de una sociedad, sino que provoca un acercamiento de cristianos, que va a redundar en la unidad que es requerida y fortalece la convivencia humana, cuyas sólidas bases anticipan una configuración precisa para una verdadera sociedad. Produce, pues, en virtud de su propia fecundidad, beneficios considerables, tanto para el hombre mismo como para la comunidad toda. Lo que es llamado don de gentes constituye un elemento indispensable de la caridad cristiana, que no se reduce a meras formas de urbanidad, sino que son expresión espontánea de un respeto y aprecio al prójimo, el cual consigue una íntima y entrañable unidad, la que también funda la responsabilidad que nos incumbe en el bienestar y el dolor de nuestros prójimos. Esta solidaridad mutua en la prosperidad y en la adversidad se nos ha dado para que formemos un solo cuerpo en el mismo espíritu, y esa composición implica —debe implicar al menos— la imposibilidad de procurar cosa distinta de la felicidad de todos los grupos sociales, raciales o políticos; cuerpo que debe estar animado de un recto espíritu de cooperación, de justicia, de conciliación, que dá sus frutos en una general conformidad con sus actuaciones y en un ambiente de paz que permita a todos trabajar, cumplir cabalmente los deberes, sin alteraciones ni sobresaltos de ningún género, para que sus miembros superen sus personales limitaciones en un grande empeño de atender las necesidades colectivas, sin prevenciones con nadie, y en el solo afán de una recíproca protección y estímulo. Así como Dios ha unido y ajustado el cuerpo, de modo que no hubiese ninguna fisura y todos los miembros se ayudasen y preocupasen unos de otros, eso mismo debe suceder en la sociedad, pues son múltiples los deberes entre los cristianos para con sus semejantes, y así el cristianismo será base de la convivencia humana.

Dentro de todas estas consideraciones vale la pena anotar que la franqueza es la actitud del cristiano que mejor responde a su ser. El habla con toda libertad de ánimo cuando es su deber dar testimonio de la verdad y está lejos del cobarde y débil disimulo. Ciertamente no ignora que “no debe dar lo santo a los perros ni arrojar las perlas a los puercos”, pero también conoce el ejemplo de su Señor, el cual en la sinagoga de Nazaret dijo sin disimulos la verdad. Esa franqueza, claro está, será manifestada siempre con la regular prudencia que acon-

seja las acciones humanas en forma de que ella consiga bien, pero no cuando su resultado va a significar la sola ofensa, sin consideraciones distintas; de manera que una sabia conducción en este sentido será siempre la pauta indicada para actuar, teniendo en cuenta que una buena palabra siempre encuentra campo abonado, y que la prudencia y la caridad serán siempre aliadas de la franqueza, y contribuirán a decidir la mejor forma de proceder, que de todas maneras debe responder a la absoluta fidelidad de conceptos.

La sinceridad y la fidelidad exigen y presuponen que se les corresponda con la fe y la confianza porque ésta y la fidelidad, y la sinceridad y la fe son correlativas, es decir que tenemos derecho a exigir a los demás fe y confianza para con nosotros, y ellos tienen derecho a esperar de nosotros sinceridad y lealtad. En esta mutua correlación se revela no sólo una íntima solidaridad entre unos y otros, base de toda tendencia comunitaria, sino también una responsabilidad recíproca entre todos. El que realmente ama a su prójimo como a sí mismo, no sentirá inclinaciones de engañar o de hacer una mala jugada al semejante, y puede y debe, por los mismos motivos, esperar que el otro no abrigará parecidas intenciones torcidas. De ahí la importancia irremplazable que la fe y la fidelidad poseen para toda clase de asociaciones humanas, sean de carácter religioso, político, cultural, económico, etc.

Si estas apreciaciones generales las juzgamos como las verdaderas normas con las cuales debe obrar el cristiano para conseguir la verdadera convivencia humana, en nuestro caso particular de colombianos debemos tenerlas en permanente vigencia. Nuestro pueblo es, en su abrumadora mayoría, católico. Desde que llegó, en las naves de España, nuestra fe, profesada hondamente por los capitanes y soldados de la Conquista, ninguna otra religión ha prevalecido sobre ella, y ni aún en las épocas de mayor turbulencia en nuestra historia ha sido abandonada o proscrita. Las luchas, que pudiéramos llamar, y se han llamado impropriamente, religiosas en Colombia, no lo fueron, en realidad, sino extrañas pugnas en la jurisdicción de los poderes espiritual y temporal, en las cuales participaron cristianos viejos de una y otra parte, trayendo y llevando al clero católico en su disputa por el predominio nuevamente político. Por fortuna, hace ya tiempos que esas controversias han desaparecido, y nadie podría encontrarles hoy justificación alguna. La Santa Sede se ha empeñado en alejar al clero de la intervención en las agitaciones de los partidos, pues ello redundaría en el acrecentamiento del respeto por su altísima misión evangelizadora y con el acercamiento a la Iglesia de colombianos que, sin dejar jamás de pertenecer a ella, se sintieron momentáneamente alejados, por encontrar más de una vez, adversarios de sus ideas, predilecciones y sentimientos políticos. Al mismo tiempo, ningún partido de los nuestros, exhibe ahora, como ocurrió en otras épocas, banderas de lucha en este sentido.

Su Santidad León XIII, en su encíclica "Sapientiae Christianae", decía: "La Iglesia no sólo es sociedad perfecta, sino también superior a cualquiera sociedad humana; por derecho y deber propio rehuye en gran manera ser esclava de ningún partido y doblegarse servilmente a las mudables exigencias de la política. Por la misma razón, guardando sus derechos y respetando los ajenos, piensa que no debe ocuparse en declarar qué forma de gobierno le agrade más; con qué leyes se ha de gobernar la parte civil de los pueblos cristianos, siendo indiferente a las varias formas de gobierno, mientras queden a salvo la religión y la moral. A este ejemplo se han de conformar los pensamientos y conducta de cada uno de los cristianos. No cabe la menor duda que hay una contienda honesta hasta en

materia política; y es cuando, quedando incólumes la verdad y la justicia, se lucha para que prevalezcan las opiniones que se juzgan ser las más conducentes para conseguir el bien común. Mas arrastrar la Iglesia a algún partido o querer tenerla por auxiliar para vencer a los adversarios, es propio de hombres que abusan inmoderadamente de la religión. Por lo contrario, la religión ha de ser para todos santa e inviolable, y aún en el mismo gobierno de los pueblos, que no se puede separar de las leyes morales y deberes religiosos, se ha de tener siempre y ante todo presente qué es lo que más conviene al nombre cristiano; y si en alguna parte se ve que este pelagra por las maquinaciones de los adversarios, deben cesar todas las diferencias; y, unidos los ánimos y proyectos, peleen en defensa de la religión, que es el bien común por excelencia, al cual todos los demás se han de referir”.

La base, pues, de la convivencia humana, es el cristianismo, cuyas normas serán las únicas que podrán conseguirla. Con la caridad y amor de Dios ha de ir unido el amor de los prójimos, ya que los hombres participamos de la bondad infinita de Dios, por ser imagen y semejanza suya. Por eso dijo que si alguno dijere que ama a Dios y aborreciere a su hermano, miente. Y este mandamiento de la caridad lo llamó nuevo, no porque hasta entonces no hubiese ley alguna divina o natural, que mandara se amasen los hombres unos a otros, sino porque el modo de amarse que habían de tener los cristianos era nuevo y hasta entonces nunca oído.

Bien sabido es cuán hondas raíces echó la virtud de este precepto en los pechos de los primeros cristianos, y cuán copiosos y excelentes frutos dio de concordia, mutua benevolencia, piedad, paciencia y fortaleza. Por eso es muy puesto en razón que los cristianos fomentemos la piedad y la caridad, y que se acaben las diferencias, dando fin a aquellos debates que terminando con las fuerzas de los combatientes, de ningún provecho son a la religión. Unidas las inteligencias por la fe, y con la caridad las voluntades, vivamos, como es nuestro deber, en el amor de Dios y de los prójimos.

EN EL ACTO DE CLAUSURA DE ESTUDIOS DE BACHILLERATO

Por Pedro Bernal Jaramillo

Corría el año de 1937 cuando me tocó a mi en suerte ocupar un puesto entre los estudiantes de la promoción fundadora de la sección de Bachillerato de la naciente Universidad. Y no nos tocó ubicarnos en un local adecuado como el que hoy tenemos a la vista, sino en una modesta casa que tenía por mobiliario desvencijados bancos que habían quedado de la celebración de un Congreso Eucarístico. Un año antes se había realizado el movimiento valeroso que trajo la fundación de nuestra ilustre Universidad, dando los primeros pasos con la facultad de derecho, la que empezó tareas en semejantes condiciones de precariedad física y de angustia financiera. Pero en todo esto se encerraba una idea grande y un espíritu vigoroso que habría de salir triunfante en la forma en que hoy podemos contemplarlo en sus palpitantes realizaciones.

Van corridos 23 años y hoy la Universidad Pontificia Bolivariana ocupa lugar de muy destacada avanzada en nuestro mundo de la cultura, no tanto por la magnificencia de estas aulas como por el espíritu que se ha forjado en los co-

razones y en las mentes de los estudiantes bolivarianos, al ejemplo de Cristo y a la sombra procerca de Bolívar.

Hoy la Universidad entrega a la patria y a sus familiares un nuevo grupo de bachilleres que deben llevar estereotipado el mismo espíritu de los fundadores de la Universidad, y que deben ser conscientes de la responsabilidad que llevan consigo a sus futuras actividades, responsabilidad que está contenida en la sentencia bíblica de los talentos. Buen acopio de ellos se ha dado a quienes han tenido la feliz oportunidad de crecer y formarse en un ambiente de disciplina, bajo la sombra de los más rectos principios filosóficos, científicos y pedagógicos, y buscar la verdad en donde ésta debe ser encontrada.

Los bachilleres bolivarianos deben ir al ambiente universitario empapados de esta seria responsabilidad, para influir en ambientes a los cuales llegan núcleos juveniles heterogéneos, faltos de formación y afectados muchas veces por el morbo de una moral incontrolada. Esta influencia deberán llevarla a cabo con constancia, con prudencia, y con el ejemplo vivo de un comportamiento sin tacha.

Y que no se ilusionen nuestros jóvenes bachilleres con que la vida les deparará un muelle y fácil existir. La vida es esencialmente lucha y se debe estar preparado para élla sin vacilaciones; a élla debe llegarse con optimismo pero con plena conciencia de sus dificultades y con el coraje que la pureza del alma le transmite al espíritu y a la voluntad.

La juventud de hoy debe ser generosa en sus programas, pues los problemas sociales que agitan nuestra época exigen, ya no sólo los afanes individuales, sino que reclaman perentoriamente una vigorosa acción social que salve nuestras instituciones y principios de una catástrofe que si bien se anuncia amenazante no es de por sí inevitable si se cuenta con el decidido concurso de nuestras juventudes.

La educación es una obra eminentemente social. Las sociedades necesarias son la familia, la sociedad civil y la Iglesia. A estas sociedades pertenece la educación, y todos los campos educativos deben estar en armonioso compendio, pues todos se complementan y ayudan mutuamente, ya que por ser necesarias estas sociedades sus fines no podrían estar en oposición.

Sobre estas bases fuerza es concluir que del buen cristiano debe brotar el mejor ciudadano, y que la doctrina de Cristo es incomparable camino para formarse quien aspire a cumplir a cabalidad con los deberes que imponga la vida en sociedad, ya que en sus principios hay fuerza admirable para delimitar los derechos y los deberes de quienes mandan y de quienes obedecen, y en general de quienes están situados dentro de un medio de permanentes interacciones, en el orden privado, en el terreno de los derechos públicos y en el campo internacional. Sólo con esta concepción se encontrará correcto ordenamiento de los deberes y se conquistará la verdadera justicia social, la paz y la armonía, y se respetarán todos los valores naturales y sobrenaturales.

Dentro de este mismo orden de ideas podremos preconizar abiertamente y sin timideces que la ciencia nada tiene que temerle a la Iglesia, ni ésta a aquélla, y encontraremos entonces como sujeto y a la vez objeto de la educación cristiana al hombre caído pero redimido, reclamando el derecho a recibir el influjo total a que su persona es acreedora, por naturaleza, a la educación integral cristiana.

La filosofía, como ciencia de todas las cosas, debe inspirar la pedagogía católica en nuestros días, en el mismo grado en que se manifestó la influencia de Aristóteles, de San Agustín y de Santo Tomás, con trascendentales proyec-

nes que aún hoy como en lo futuro se harán sentir para darle a la enseñanza sentido, sin lo cual la pedagogía sería ciencia vacía.

Si en esta etapa del bachillerato se ha dilucidado acerca de lo que es el hombre y sus vínculos con la nación y el estado; se han escudriñado los principios básicos de las ciencias naturales y físico-químicas; se han analizado y criticado los valores de la literatura universal y nacional, de qué poco serviría todo este bagaje de estudios disgregados si no se buscara su convergencia y su sentido armónico y su valor a través de las ideas filosóficas.

Se comprende entonces que no vale tanto la erudición como la formación integral y se adquiere una concepción propia de la vida. Se explica asimismo cómo y por qué la ciencia aislada ha sufrido una quiebra que ha hecho pensar, aún en los países más utilitaristas y pragmáticos en un viraje de retorno a la filosofía y las humanidades.

Socialismo e individualismo: He ahí dos antítesis que no han logrado resolver el problema del hombre, porque no han tenido en cuenta la doble naturaleza humana. Una y otra doctrina han arrastrado al hombre, y a éste, caído y envilecido, sólo puede tomarlo de la mano la concepción cristiana de la vida y de la sociedad. Es allí donde podrá encontrarse la verdadera solidaridad en la tierra. "Cuando reconozco a un hermano en mi prójimo, sólo entonces soy hombre", ha dicho Dostoyewsky.

Se hacía Goethe esta pregunta: "Estará Dios retraído de la inspiración obrada sobre las grandes figuras humanas de la historia, y estará el hombre abocado a vivir por su sola cuenta y riesgo y salir adelante sin su suprema ayuda visible?" No, debemos responder. En todas las épocas de la historia, y la actual no es la excepción, los grandes talentos humanos no tienen la posibilidad de desempeñar su trascendental papel validos sólo de sus fuerzas humanas. Las grandes creaciones siguen sucediéndose, y nosotros, inspirados en nuestra formación católica y bolivariana debemos advertir que la inspiración providencial es base imprescindible de toda obra humana que aspire a tener algún valor, pues sólo ella llena el entendimiento y sólo en ella cabe la libertad.

"No vivimos fuera de este mundo, decía Tertuliano. Bien nos acordamos que debemos agradecimiento a Dios, Señor Creador, pero no rechazamos frente alguno de sus obras. Solamente nos refrenamos para no usar de ellos desmesurada o viciosamente. Así que no habitamos en este mundo sin foro, sin mercado, sin baños, casas, tiendas y demás tráfico. También nosotros navegamos y militamos como vosotros, cultivamos los campos y negociamos, y por eso tenemos nuestros trabajos y ponemos a vuestra disposición nuestras obras".

El cristiano debe por tanto seguir siendo el mejor de los ciudadanos y vivir la totalidad de sus deberes impuestos por la sociedad temporal que le sirve de medio, para alcanzar su fin último. Y a éllo debe orientarse la educación de nuestros colegios y universidades, ya que la misma naturaleza humana busca la perfección a través de la educación.

Pero la naturaleza humana busca afanosa este ideal de perfección por uno de dos caminos: o a través de sus propios medios únicamente, encontrándose con una naturaleza limitada y flaca, imperfecta y falible; o bien poniendo como vigía y centro de mira a Aquél que es "camino, verdad y vida".

Debemos aspirar por tanto a que nuestra juventud sea consciente de sus dificultades presentes, y que, sin arredrarse por éllo, tenga igualmente conciencia del azaroso e incierto porvenir, y se escude en las disciplinas educativas para el trabajo que le representará no solamente un deber social sino también

una garantía individual de vida. Aspiramos a que esta juventud tenga conciencia de la vida, valorando justamente lo que le ha dado esta Universidad en el terreno de los valores del espíritu, y los lleve como irradiación y motivo de ejemplo para sus hermanos.

HOMENAJE AL EXCMO. SR. TULLIO BOTERO SALAZAR

Por Monseñor Félix Henao Botero

El cumpleaños de vuestra excelencia nos ha llevado al altar a fin de impetrar para Vos y vuestra grey la plenitud de las gracias sobrenaturales.

Delante del Señor, la Acción Católica, las Instituciones de la Iglesia y los fieles han depositado sus votos por Vuestra sagrada investidura y los propósitos de fidelidad a la persona de Cristo en cuyo nombre consagraís y bendecís, apacentáis y consoláis.

Nada más grato para el Prelado que la toma de posición de los católicos de hoy cuya misión está incorporada al Cristo Místico y participa del empeño de propagar el mensaje del misterio de la fe.

Hoy día, Señor, podemos comprender las palabras de un santo obispo italiano cuando decía: "El cristiano de hoy que no es apóstol es apóstata". No en balde somos Iglesia y la Iglesia es militante como es milicia la vida del hombre sobre la tierra.

Como apóstoles tenemos en mira el combatir el viejo resabio de buscar las razones contra Cristo y la Iglesia, en vez de encontrar afanosamente, entrañablemente, las razones de Cristo y de la Iglesia.

Como católicos hemos tomado la posición mental, iluminada por la fe, de ser prudentes como las serpientes y sencillos como la paloma. Debemos aceptar nuestro apostolado con dignidad al ser llamados a la siembra sobrenatural, bajo las luces de la Jerarquía. Y nos empeñamos en ejercitarnos en la palestra de la difusión del Reino de Cristo en todos los campos de la actividad social.

Un católico magistrado debe obrar en consonancia con los principios de la moral revelada, mil veces más luminosa y segura que la llamada moral universal.

Un católico profesional: jurisconsulto, arquitecto, ingeniero, humanista, escritor, jefe de empresa, representante de los órganos del poder, no puede estar solo a la defensiva contra errores y sofismas porque en todos los campos de la actividad ciudadana Cristo es el camino, la verdad y la vida.

La mujer tiene su centro en el hogar y si hoy ha salido a las lides ciudadanas su misión primordial es la tutela de la fe, la pacificación de los espíritus, la defensa del hogar cristiano, específicamente del hogar abandonado y del hogar pobre.

Nos hemos descuidado a menudo en estimular, reconocer y justipreciar los valores de la cultura cristiana, ante la diaria apología, manifiesta o cómplice, de los escritores, estadistas o parlamentarios laicistas o neutros.

Todavía existen católicos que pertenecen a esa generación en la cual se inculpa continuamente al clero por lo que ha dejado de hacer sin tener en cuenta la escasez de sacerdotes ni advertir que los seglares son solidarios con Cristo en el despliegue del apostolado. Esa misma generación de principios del siglo, heredera de un catolicismo individualista, que creía cumplir sus deberes no dan-

do escándalo y observando una honesta conducta ciudadana, mientras gran parte del capital incumplía los deberes de la justicia y la caridad era a veces un remordimiento soterrado por no haber guardado los deberes de la justicia social. No querían entender que no hay caridad donde se viola la justicia ni la justicia sin la caridad resuelve el problema social.

Hoy nadie puede estar ausente de la lucha, ni poner oídos sordos al clamor de las muchedumbres que piden afanosamente el pan del espíritu y un salario familiar con techo y lumbre, sin que sus gemidos tengan a veces soluciones rápidas y eficaces.

El laicismo, el freudismo, el nuevo paganismo, los acaparadores y monopolistas, están hoy activos y dinámicos en el territorio nacional y en toda la América Latina. El protestantismo, enemigo de la unidad del continente, el laicismo, injerto satánico en muchas instituciones y estamentos; el comunismo ateo, suma de todas las herejías como lo llamó Pío XI, son una avalancha. La lucha del laicado católico ha sido a veces esporádica y se ha movido a menudo por el miedo al enemigo que asalta la casa paterna más bien que por el amor al Cordeño Inmaculado que redime.

Nosotros venimos a prometeros vigilancia permanente y oración continua y, al congratularos, os ofrecemos luchar unidos porque Cristo llegue con su mensaje a la América Latina, terrenos de las futuras disputas por un mundo mejor o por un mundo demoníaco.

Desde esta Antioquia han salido escuadrones de valientes sacerdotes y religiosos de ambos sexos para todo el continente desde el sur del Río Grande hasta la Tierra del Fuego. Ya se acerca la hora en que el laicado católico, universitario o simplemente ciudadano, irrigue el divino mensaje desde la Montaña a toda la América hispana en colaboración con el CELAM en cuyas directivas continuáis iluminando.

Excelencia! Somos filiales y devotos de vuestra sagrada persona y os ofrecemos pedir y sacrificarnos porque el Sínodo Ecueménico congregue las naciones en un solo rebaño bajo el cayado del Pontífice, "el dulce Cristo de la tierra".

NOTICIAS DE LA UNIVERSIDAD

En el Concurso abierto por el Ferrocarril de Antioquia para premiar el mejor trabajo de índole científica en relación con los prospectos de esa empresa, resultó ganancioso el presentado por el doctor Iván Villegas, ingeniero electricista de la Universidad. Este trabajo mereció además el ser distinguido con Mención Honorífica por el Honorable Consejo Directivo del claustro.

El doctor Hernando Botero, arquitecto de la Universidad, ganó entre 28 concursantes el premio ofrecido por la Caja Agraria de Santa Marta para el mejor trabajo en referencia con las instalaciones de dicha entidad.

Monseñor Felipe Alvarez del Pino ha comunicado que el Consejo Nacional de Misiones, que preside el señor Nuncio de Su Santidad, otorgó a la Universidad el primer premio y diploma de honor Juan XXIII, por su labor misional en el año de 1959.

UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA

Personal Matriculado en el año de 1960

<i>Departamentos:</i>		<i>Naciones:</i>	
Antioquia	2.884	Alemania	2
Atlántico	76	Austria	1
Bolívar	96	Africa	1
Boyacá	10	Cuba	1
Caldas	226	Ecuador	1
Cauca	12	España	6
Córdoba	19	Francia	1
Chocó	10	Hungría	1
Cundinamarca	69	Italia	2
Huila	7	Lituania	3
Magdalena	42	Rumania	1
Nariño	9	Venezuela	3
Norte de Santander ..	26		
Santander del Sur ..	21		
Tolima	13		
Valle del Cauca	100		
Goajira	18		
Total	3.698	Total	23

Secciones:

Sección Preparatoria (América)	815
Sección Preparatoria (Medellín)	555
Sección de Bachillerato	973
Círculo Obrero y Talleres	220
Instituto de Ciencias Sociales	37
Sección de Economía y Comercio	95
Facultad de Ingeniería Eléctrica	150
Facultad de Ingeniería Mecánica	134
Facultad de Ingeniería Química	147
Facultad de Arquitectura y Urbanismo	176
Facultad de Derecho y Ciencias Políticas	160
Escuela de Servicio Social	69
Fac. de Filosofía y Letras y Ciencias de la Educación	64
Facultad de Arte y Decorado	90
Facultad de Humanidades	26
	<hr/>
	3.721
GRAN TOTAL	3.721